puede exigirme que le dé un culto de homenaje filial y de total entrega de mi ser desarrolla en mí la virtud de la Religión y, como consecuencia, el espíritu sobrenatural.

En la Liturgia todo *me habla de Dios*, de sus *perfecciones* y *beneficios;* todo me *lleva* a Dios; todo me muestra su *Providencia,* la cual me facilita constantemente los medios de santificación, por medio de sus pruebas, auxilios, advertencias, alientos, promesas, luces y hasta amenazas.

La Liturgia también me pone en la ocasión constante de *hablar de Dios* y expresar mi religión en las más diversas formas.

Si me consagro a esta formación litúrgica con verdadero empeño de aprovecharla, después de tantos ejercicios que practico a diario con ocasión de mis funciones de hombre de Iglesia, la virtud de la Religión tiene que echar en mí, de por fuerza, raíces muy profundas, y acabaré por alcanzar un hábito y un *estado de alma* especial, es decir, la Vida interior.

* * *

La Liturgia es la *Escuela de la Presencia de Dios,* pero manifestado en la Encarnación. O más bien, la *Escuela de la Presencia de Jesús y de la Caridad.*

El amor se alimenta con el conocimiento de la amabilidad del ser amado, con las pruebas de amor que nos da y, sobre todo, como dice Santo Tomás, con su presencia. La Liturgia reproduce, explica y aplica a nuestras necesidades las diversas manifestaciones de la vida de Jesucristo en la Tierra. *Nos hace vivir en una atmósfera sobrenatural y divina,* continuando,

por decirlo así, la vida de Nuestro Señor y manifestándonos en cada uno de los misterios la amabilidad y ternura de su corazón.

Tú mismo, Jesús, continúas dándonos, por medio de la Liturgia, las grandes lecciones y manifestaciones de amor. Te percibo más cada día, no a la manera de un historiador, o sea velado por la bruma de los siglos; ni como el teólogo, a través de las más árduas especulaciones; Tú estás *muy cerca de mí*. Tú eres siempre el Emmanuel, es decir, "el Señor con nosotros", con tu Iglesia y, por tanto, *conmigo*. Tú eres Aquel con quien *viven* todos y cada uno de los miembros de tu Iglesia; Aquel que la Liturgia me presenta en todas circunstancias al vivo, como el ejemplar y el fin de mi amor.

En cada una de las fiestas del ciclo litúrgico; en las lecciones que ha seleccionado de los Evangelios, de las Epístolas y Actas de los Apóstoles, y en el esplendor de que reviste la administración de los Sacramentos y, sobre todo, la Eucaristía, la Iglesia *te hace vivir en medio de nosotros, y nos hace escuchar los latidos de tu Corazón.*

¡Qué palanca de vida sobrenatural pone en mis manos la Oración al inculcarme la fe de que Jesús vive en mí y quiere obrar en mí, si no le pongo obstáculos!

Pero frecuentemente, durante el día, la Liturgia me ofrece medios variados y sensibles para nutrirme del *dogma de la gracia,* de Jesús que ora y obra con cada uno de sus miembros que vivifica, supliendo a sus deficiencias y, por tanto, a las mías, y de ese modo me mantiene bajo la influencia de lo sobrenatural y

me hace vivir en unión con Jesús, estableciéndome en su amor.

Amor de complacencia, de benevolencia, de preferencia y de esperanza; todas estas formas de amor brillan a través de las admirables colectas y de los salmos, ceremonias y oraciones, penetrando en mi alma.

¡De qué fuerza y generosidad revestirá mi vida interior esta manera de manifestarme a Jesús, siempre viviente y presente en mí!

Y cuando en mi deseo de vivir la vida sobrenatural practique un acto de desprendimiento o de abnegación, o cumpla una obligación que me cuesta, o soporte un sufrimiento o una injuria, cómo se me dulcificará, perdiendo su lado doloroso o repugnante, ese combate espiritual, esa virtud o esa prueba, si en vez de ver la Cruz desnuda te veo clavado en ella, ¡oh Salvador mío!, y te oigo pedirme, mientras me muestras tus llagas, ese sacrificio en prueba de mi amor.

Por otra parte, la Liturgia me facilita un auxilio precioso al repetirme que mi amor no queda aislado. *No me encuentro* solo en la lucha contra el naturalismo, que trata de conquistarme todos los días. La Iglesia, interesándose en mi incorporación a Cristo, *sigue maternalmente mis pasos*, comparte conmigo los méritos de los millones de almas en cuya comunión vivo, las cuales hablan la misma lengua oficial del amor que yo, y me renueva la seguridad de que el Cielo y el Purgatorio están conmigo para alentarme y asistirme.

* * *

Nada contribuye tanto como el pensamiento de la eternidad, a que el alma dirija sus acciones a Dios.

Todo me recuerda en la Liturgia los novísimos. *Novissima mea.* Las expresiones *Vita aeterna, Coelum, Infernum, Mors, Saeculum saeculi* y otras, se repiten con frecuencia.

Los sufragios y oficios de difuntos, y los entierros, me ponen ante los ojos la muerte, el juicio, las recompensas y castigos eternos, el precio del tiempo y las purificaciones que son necesarias en la Tierra o en el Purgatorio para entrar en el Cielo.

Las fiestas de los Santos me hablan de la gloria de los que me precedieron en este mundo, mostrándome la corona que me está reservada, si sigo sus pisadas e imito el ejemplo que me dieron.

Con todas estas lecciones, la Iglesia clama sin cesar a mis oídos: Alma querida, mira la eternidad, para ser fiel a tu divisa: *Dios en todo, siempre y en todas partes.*

¡Oh divina Liturgia!; para agradecerte todos los beneficios que me dispensas, debería citar todas las virtudes. Gracias a los textos de la Escritura que pones sin cesar delante de mis ojos, y a los ritos y símbolos que me traducen los divinos misterios, mi alma se encuentra *constantemente elevada de la tierra y orientada* hacia las virtudes teologales, o hacia el temor de Dios y el horror del pecado y del espíritu del mundo hacia el desprendimiento, la compunción, la confianza o la alegría espiritual.

b) La Liturgia me ayuda eficazmente a conformar mi Vida interior con la de Jesucristo

Tres sentimientos dominan en tu Corazón, ¡oh Maestro adorado!; una *dependencia completa* de tu Eterno Padre y, por tanto, una *humildad perfecta, una caridad ardiente y universal* para con los hombres y el *espíritu de sacrificio*.

Humildad perfecta. — Al entrar en el mundo, tus palabras fueron éstas: *Padre, aquí me tienes dispuesto a hacer tu voluntad* (67). Constantemente nos estás diciendo que toda tu vida íntima se resume en el deseo invariable de *agradar en todo a tu Padre* (68). Tú eres la obediencia, ¡oh Jesús obediente!, hasta la muerte y muerte de Cruz (69). Aún sigues obedeciendo a tus sacerdotes, y a su voz desciendes a la Tierra: *Obediente Domino voci hominis* (70).

¡Oh, qué escuela de obediencia me ofrece la Iglesia en tu imitación, si adapto mi corazón a los *menores ritos,* con el deseo de formarlo en el espíritu de dependencia respecto de Dios; y de domar sin descanso este "yo", ávido de libertad; y de hacer más maleables mi criterio y mi voluntad, nunca dispuestos, ¡oh Jesús mío!, a imitar *el espíritu fundamental*

(67) Ingrediens mundum, dicit: Hostiam et oblationem noluisti. Tunc dixi: Ecce venio ut faciam, Deus, voluntatem tuam. (Hebr. X, 5, 7).

(68) Ego quae placita sunt ei facio semper. (Joan, VIII, 29). Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui misit me. (Joan, 14, 34). Descendi de coelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem ejus qui misit me. (Joan, VI, 38).

(69) Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (Philip. II, 5).

(70) Josué, X, 14.

que Tú viniste a enseñar con tu ejemplo, es decir, el Culto de la Voluntad divina!

Cada vez que fuerzo a mi personalidad a doblegarse para obedecer a la Iglesia como a ti mismo, *para obrar en su nombre y unirme con ella*, y por tanto para unirme contigo, ¡qué precioso ejercicio práctico de cultura de mi alma, y qué provecho sacaré de mi fidelidad a las menores prescripciones de las rúbricas cuando se trate de *doblegar mi soberbia* en las circunstancias más difíciles! (71).

Pero hay más todavía. La Liturgia, cuando me recuerda la certeza de que tú vives en mí, y la necesidad que tengo de tu gracia, combate mi presunción y suficiencia que, desarrolladas, serían capaces de acabar con toda mi Vida interior. El *Per Dominum nostrum* con que terminan todas las oraciones de la Liturgia, me recordará, para que no lo olvide, que de mi cosecha nada soy y nada puedo, sino pecar o hacer actos carentes de todo mérito. Todo me penetra de la *necesidad de acudir frecuentemente a Ti*. Todo me está repitiendo que Tú me exiges que acuda a Ti para no extraviarme con ninguna clase de falaces espejismos.

La Iglesia, por medio de la Liturgia, insiste en persuadir a sus hijos de la necesidad de la oración, haciendo de la Liturgia la Verdadera ESCUELA DE LA ORACIÓN y, por consiguiente, de la humildad.

Con sus fórmulas, Sacramentos y Sacramentales viene a enseñarme que *todo me viene por tu preciosa Sangre*, y que, para cosechar los mayores frutos, lo

---

(71) Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis est. (Luc. XVI, 10).

mejor es unirme por medio de la oración humilde al vivo deseo que tienes de aplicárnosla.

Haz que me aproveche, ¡oh Jesús mío!, de estas lecciones constantes, para desarrollar en mi espíritu el sentimiento de mi pequeñez y convencerme de que no soy *sino una parcelita de la Hostia que es tu Cuerpo místico, y una voz apagada en el inmenso concierto de alabanzas que está bajo tu dirección.* Y que merced a la Liturgia pueda ver con mayor claridad cada día que la humildad es el medio mejor para que mi voz *aumente de pureza* y esta parcelita que soy yo, *intensifique su blancura.*

CARIDAD UNIVERSAL. — Tu Corazón, ¡oh Jesús mío!, ha extendido a todos los hombres su misión redentora.

A la palabra "Sitio", que dirigiste al mundo al morir, y que repites en el Altar, en el Tabernáculo y hasta en el seno de tu gloria, debe responder en toda alma, aun en la del simple cristiano, *un deseo vivo de consagrarse a sus hermanos; una sed ardiente de la salvación de todos los hombres y un gran celo en favorecer las vocaciones sacerdotales y religiosas, acompañados de unas plegarias encendidas para pedir que los fieles comprendan la extensión de sus deberes, y las almas consagradas la necesidad que tienen de la Vida interior.*

Y con más motivo estos deseos deben inflamar el alma de tus ministros, a los cuales los ritos litúrgicos están recordando constantemente que Tú les fijaste en tu Cuerpo místico un lugar especial para que te incorporen el mayor número posible de almas, y sean corredentores y mediadores que sepan llorar

inter vestibulum et altare (72) los pecados del mundo, y santificarse por su propio provecho y *para poder santificar a los demás* y formar e instruir a las almas, siendo sus guías y haciendo circular tu Vida en todas ellas: *Ego sanctificabo meipsum ut sint et ipsi sanctificati* (73).

Santa Iglesia del Redentor, Madre de todos mis hermanos que son hijos tuyos, ¿es posible vivir de tu Liturgia, sin participar de las ansias del Corazón de tu divino Esposo en favor de la salvación de sus criaturas y de la liberación de las almas que gimen en el Purgatorio?

Ciertamente, tengo yo una parte especial en los frutos de la Misa que celebro, y del Breviario que rezo, pero, según tu deseo, la *primera* parte debe ser, *ante todo,* para las almas que son objeto de tu solicitud: *In primis quae tibi offerimus pro Ecclesia sancta tua catholica* (74). Tú te sirves de toda clase de procedimientos para ensancharme el corazón y hacer que mi vida interior corresponda a la de Jesús. Vida Litúrgica que amo con todo el corazón, auméntame el *Amor filial para con la Santa Iglesia* y para con el Padre común de los fieles. Hazme más servicial y sumiso a mis Superiores jerárquicos, y más unido a sus preocupaciones. Ayúdame a *no olvidar que Jesús vive en cada una de las personas con las que estoy en contacto diario, y que las lleva en su Corazón.* Haz que brillen en mí la indulgencia y la paciencia para con ellos y que esté siempre a su disposición, a fin de

---

(72) Joel, II, 17.
(73) Juan, XVII, 19.
(74) Canon de la Misa.

ser un reflejo de la mansedumbre de mi dulce Salvador.

Que nunca olvide que mi único camino para el Cielo *es la Cruz;* que los actos de alabanzas, las adoraciones, sacrificios y demás acciones buenas no valen para el Cielo sino en *virtud de la Sangre de Jesús,* y que si he de salvarme ha de ser *con todos los cristianos,* ya que *con todos los elegidos debo gozar* y continuar por Jesús, durante la eternidad, el concierto de alabanzas, al cual estoy asociado en la tierra.

ESPÍRITU DE SACRIFICIO. — ¡Oh Jesús!, que sabías que la humanidad no puede ser salvada sino por el sacrificio; Tú has hecho de tu vida terrestre una inmolación perpetua.

Identificado a ti, Sacerdote contigo, cuando celebro la Misa, ¡oh divino Crucificado!, quiero ser HOSTIA contigo. *Todo gravita en Ti en torno de la Cruz. Todo en mi gravitará en torno de la Misa, la cual será el centro y el sol de mis días, como tu Sacrificio es el acto central de la Liturgia.*

Ella será para mí una *Escuela de espíritu de sacrificio,* al traerme sin cesar el pensamiento del *Calvario,* por medio del Altar y el Tabernáculo. Y haciéndome compartir los sentimientos de tu Iglesia, me hará participar de los tuyos, ¡oh Jesús mío!, y así poder cumplir las palabras de San Pablo: *Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu* (75) y las que se me dijeron el día en que fui ordenado: *Imitamini quod tractatis* (76).

(75) Filip. II, 5.
(76) Pontifical Romano.

El Misal, el Ritual y el Breviario, me recuerdan, aunque no sea sino por las innumerables señales de la Cruz que hago constantemente, que el sacrificio es, desde que el hombre pecó la *ley de la humanidad,* y que sólo tiene valor unido al tuyo. Yo te devolveré, pues, *hostia por hostia,* ¡oh divino Redentor! Yo me constituiré en una *inmolación total,* FUNDIDA *con la inmolación que fuiste primeramente en el Calvario y después en todas las misas que se suceden, en el mundo entero, en todos los segundos de la existencia.*

La Liturgia me facilitará esta oblación de mí mismo y hará que yo contribuya a *completar por medio de tu Cuerpo, que es la Iglesia, lo que falta a tu Pasión* (77).

Yo llevaré la parte que me corresponde de esa hostia magna, formada por *los sacrificios de todos los cristianos* (78), la cual subirá hasta el cielo para expiar los pecados del mundo y hacer que desciendan a la Iglesia militante y purgante los frutos de la Redención.

Así poseeré la Verdadera Vida litúrgica, porque este revestirme de Ti, ¡oh Jesús crucificado!, y unirme prácticamente a tu sacrificio, realizando el holo-

---

(77) Adimpleo quae desunt passionum Christi pro corpore ejus quod est Ecclesia. (Colos. I, 24).

(78) Tota ipso redempta. Civitas, hoc est congregatio societasque sanctorum, universale Sacrificium offertur Deo per sacerdotem magnum, qui etiam obtulit in Passione pro nobis, ut tanti capitis corpus essemus... Cum itaque nos hortatus esset Apostolus ut exhibeamus corpora nostra hostiam viventem... Hoc est sacrificium Christianorum: multi unum corpus in Christo. Quod etiam sacramento altaris fidelibus noto, frequentat Ecclesia, ubi ei demonstratur quod in ea reliquam offert, ipsa offeratur S. Agust. de Civ. Dei. I, X, cap. VI).

causto de mí mismo por el *Abneget semetipsum* ¿no es, ¡oh Salvador mío!, la meta a donde me guía tu Iglesia impregnándome de tus sentimientos por medio de tus plegarias y santas ceremonias, y haciendo que invada mi corazón lo que *en Ti dominaba a todo lo demás, o sea, el Espíritu de Sacrificio?* (79).

Así me convertiré en una de esas piedras vivas y selectas, pulimentadas por la tribulación: *Scalpri salubris ictibus et tunsione plurima, fabri polita malleo* (80) destinada a la construcción de la Jerusalén celestial.

c) La Vida Litúrgica me hace vivir de la vida del Cielo

Conversatio nostra in coelis est (81), decía San Pablo.

¿Dónde mejor y más fácilmente que en la Liturgia podré aprender este programa? La Liturgia de la tierra, ¿no es la imitación de la *Liturgia celestial*, que San Juan, el discípulo amado describió en el Apocalipsis? ¿Al cantar o rezar el Oficio, no estoy cumpliendo la función con que se honraron los Angeles ante el trono del Eterno?

---

(79) Tunc demun Sacerdoti Hostia proderit si, seipsum Hostiam faciens, velit humiliter et efficaciter imitari quod agit. (Petr. BLESEN. Epis. CXXIII). Qui Passionis Dominicae mysteria celebramus, debemus imitari quod agimus. Tunc ergo vere pro nobis Hostia erit Deo, cum nosmetipsos Hostiam fecerimus (S Greg. Dialog. 1, IV, c. LIX).

(80) Himno de la Dedic.

(81) Philip. III, 20.

Más aún. ¿La doxologia de cada uno de los salmos, o himnos, y la conclusión de todas las oraciones, no me ponen en *adoración, ante la Santísima Trinidad?*

Las fiestas innumerabels *de los Santos* me dan, como una intimidad de vida con mis hermanos, que en el Paraíso me protegen, orando por mí. Las fiestas *de la Santísima Virgen* me recuerdan que tengo en las alturas una Madre bondadosísima y Omnipotente, que no descansará hasta verme en seguridad a sus pies, en el Reino de su Hijo, ¿Será posible que todas esas fiestas y además los *misterios* de mi dulce Salvador, Navidad, Pascuas, y sobre todo la Ascensión, no me den la NOSTALGIA del CIELO, que San Gregorio interpreta como una señal de predestinación?

V. PRÁCTICA DE LA VIDA LITÚRGICA

Maestro bueno, tú te has dignado hacerme comprender qué es la Vida litúrgica. ¿Podré poner como pretexto las obligaciones de mi ministerio, para ahorrarme el *esfuerzo* que me exija la observancia de esa vida? Seguramente me responderías que EL MISMO TIEMPO SE NECESITA para cumplir las funciones litúrgicas en conformidad con tus deseos, que para hacerlas maquinalmente, y me pondrías ante los ojos los ejemplos de tantos servidores tuyos, como el santo Padre Perboyre, entre otros, que cargado de ocupaciones continuas y abrumadoras hasta el extremo, era, sin embargo, un alma litúrgica de excepción.

a) PREPARACIÓN REMOTA

Haz, bondadoso Salvador mío, que este deseo que tengo de vivir la Vida litúrgica se traduzca en un gran Espíritu de Fe para cuanto se refiere al culto divino.

Los ángeles y los santos te ven cara a cara. Nada puede desviar su espíritu de las augustas Funciones que constituyen uno de los elementos de su felicidad inenarrable. Pero ¿cómo yo, sometido a todas las flaquezas de la naturaleza humana, podré *mantenerme en tu presencia*, cuando te hablo con la Iglesia, si no desarrollas en mí el don de la Fe que recibí en el Bautismo?

No quiero, ni podría querer jamás, al menos estos son mi sentimientos, considerar las funciones litúrgicas como una obligación pesada, que hay que sacudir lo antes posible, o como el medio de obtener un provecho pecuniario. Espero que nunca llegaré a dirigirme al Dios tres veces Santo con una DESPREOCUPACIÓN que me avergonzaría de tener ante el más humilde de mis servidores. *Jamás querría hacer piedra de escándalo de lo que debe ser sillar de edificación*. Y, sin embargo, ¿está en mi mano prever dónde podré detenerme, si abandono mi propia vigilancia en lo que concierne al espíritu de Fe?

Oh Dios mío, si me encontrara en esta pendiente, dígnate contenerme, o mejor dame una Fe tan viva que, persuadido de la *importancia que a tus divinos ojos tienen los actos litúrgicos*, me goce en la sublimidad y me entusiasme en ellos cada día más.

¿Demostraría tener el menor Espíritu de Fe si no manifestara empeño alguno en conocer las RÚBRICAS y en observarlas? Aunque conociera perfectamente la Liturgia, este conocimiento no me serviría de excusa ante Ti, por mis negligencias en observarla. Aunque su observancia no me cause agrado alguno, ni sienta su atractivo, me basta saber que *mi obediencia te complace* y que ella *me será de gran provecho.*

En los ejercicios espirituales que practique, *me examinaré sobre este punto, con relación al misal, ritual y Breviario.*

Tu Iglesia, oh Jesús, ha utilizado para su culto principalmente las riquezas de los salmos. Si tengo espíritu litúrgico, mi alma descubrirá en los fragmentos del Salterio tu figura, en *la vida de sufrimientos* que llevaste. Y sabrá que gran número de las frases íntimas y de los *sentimientos* que dirigiste a Dios en tu vida mortal, se encuentran en las composiciones proféticas que inspiraste al Salmista.

En ellos encontrará también, maravillosamente sintetizadas, las principales *enseñanzas del Evangelio.*

Bajo esos mismos velos escucharé *la voz de la Iglesia,* continuadora de tu vida de sufrimientos, la cual manifiesta a Dios, en el curso de sus triunfos y sus abatimientos, sus sentimientos calcados en los de su divino Esposo; sentimientos que *toda alma* capaz de reflejar tu Vida puede apropiarse en sus tentaciones; reveses, combates, tristezas, aplanamientos y excepciones; como también en sus victorias y consuelos.

Si reservo parte de mi *lectura espiritual* a la *Sagrada Escritura,* me aficionaré a la Liturgia y sabré atender mejor a las palabras (82).

Habituándome a la reflexión, sabré descubrir en toda composición litúrgica una *idea central,* en torno de la cual gravitan las diversas enseñanzas.

Qué armas tan importantes forjarás así, alma mía, *contra el mariposeo de la imaginación,* sobre todo si sabes aprovecharte de los SÍMBOLOS.

La Iglesia se sirve de ellos para hablar a los sentidos un lenguaje que los cautive, haciendo sensibles las verdades que simbolizan. *Agnoscite quod agitis,* me dijo en mi ordenación. La Iglesia da una voz significativa a las *ceremonias, paños, objetos, ornamentos sagrados;* en una palabra, a todo. ¿Cómo podré ilustrar a los fieles y mover sus corazones, de los cuales la *Iglesia quiere* apoderarse con este lenguaje tan sencillo como grandioso, si carezco de la clave de esta predicación?

b) PREPARACIÓN PRÓXIMA

Ante orationem praepara animam tuam (83). Momentos antes de celebrar la Misa y cada vez que tome el breviario, haré un acto tranquilo, pero enérgico, de *recogimiento,* para *abstraerme* de cuanto no se refiere a Dios y fijar la atención en El. Porque es Dios aquel a quien me dispongo a hablar.

---

(82) Plus lucratur qui orat et intelligit quam qui tantum lingua orat. Nam qui intelligit, reficitur quantum ad intellectum et quantum ad affectum. (S. Thom. in I Cor. XIV, 14).

(83) Antes de entrar en oración, prepara tu alma. (Eccli. XVIII, 23).

Pero es también mi Padre. Al temor reverencial que hasta la misma Reina de los Angeles tiene al dirigirse a su divino Hijo, añadiré la candidez y la ingenuidad que el tener UN ALMA DE NIÑO da hasta a los viejos cuando se dirigen a la infinita Majestad.

Esta actitud sencilla e infantil ante mi Padre celestial, reflejará con ingenuidad mi convicción de que estoy unido con Jesucristo y represento a la Iglesia, dentro de mi indignidad, y la certeza de que comparten mis oraciones los Espíritus de la milicia celestial: *In conspectu Angelorum psallam tibi* (84).

Este no es para ti, alma mía, el momento de razonar ni meditar, sino de hacerte alma de niño. Cuando llegaste al uso de razón, aceptabas como una verdad absoluta cuanto tu madre te decía. Con idéntica sencillez e ingenuidad debes, pues, recibir cuanto *tu Madre la Iglesia te presente* como alimento de Fe.

¡Este *rejuvenecimiento del alma* es indispensable! Porque me aprovecharé de los tesoros de la Liturgia y sentiré la poesía que de ella emana, en la medida en que forma en mí *un alma de niño*. En esa misma medida progresaré en el espíritu litúrgico.

Entonces, mi alma *entrará con facilidad en adoración y perseverará* durante la función (ceremonias, breviario, Misa, Sacramentos, etc.) en que tome parte en calidad de miembro o de embajador de la Iglesia o como Ministro de Dios.

De la manera con que *entre en adoración* dependen en gran parte el provecho y el MÉRITO QUE obtenga del acto litúrgico, y además los consuelos que Dios

(84) En presencia de los ángeles te cantaré. (Salmo CXXXVII.)

ha vinculado a su perfecto cumplimiento y que deben sostenerme en mis trabajos apostólicos.

Quiero, pues, *Adorar*. Quiero por un impulso de mi voluntad unirme a las adoraciones del Hombre-Dios, para dar a Dios este homenaje. Ha de ser este acto un ímpetu del corazón más que un esfuerzo cerebral.

Lo quiero con vuestra gracia, o Jesús. Y esta gracia la pediré, por ejemplo, por medio del Breviario, en el *Deus in adjutorium,* o mediante la Misa en el *Introito,* rezados pausadamente.

Yo lo quiero. Este querer filial y afectuoso, fuerte y humilde, unido a un deseo vivo de que vengas en mi auxilio, es lo que *exiges de mí.*

Si consigo que mi inteligencia ofrezca a mi fe la contemplación de algunos bellos horizontes, y mi sensibilidad, alguna emoción piadosa, mi voluntad *lo utilizará* para adorarte más fácilmente. Pero no me olvidaré de que *la unión con Dios reside, en último análisis, en la cima del alma; en la voluntad* y, aunque le esperen la oscuridad y la aridez, la voluntad, seca y fría de suyo, emprenderá el vuelo, apoyándose *únicamente en la fe.*

c) Cumplimiento de la función litúrgica

El cumplimiento exacto de las funciones litúrgicas es, oh Dios mío, un don de tu munificencia. *Omnipotens et misericors Deus, de cujus munere venit ut tibi, a fidelibus tuis digne et laudabiliter serviatur* (85). Dígnate, Señor, otorgarme ese don. Quiero *ser*

(85) Oración de la Dominica 12.ª después de Pentecostés.

adorador durante los actos litúrgicos. *Esa palabra resume todo el método.*

Mi voluntad lanzó a mi razón y lo mantiene ante la Majestad de Dios. Yo comprendo todo su trabajo en estas tres palabras: *digne, attente, devote*... de la oración *Aperi,* las cuales expresan la actitud que deben observar mi cuerpo, inteligencia y corazón.

DIGNE. — Con su actitud respetuosa; con la pronunciación exacta de las palabras, más espaciada en los pasajes principales; con la observancia cuidadosa de las genuflexiones, etc., mi cuerpo dará a entender, no sólo que *sé a quién hablo, qué digo* y qué APOSTOLADO practico (86) algunas veces, sino además, *que mi corazón es el que obra.*

---

(86) Apostolado o ESCANDALO. Para muchas almas que ven la religión a través de un vago intelectualismo o ritualismo, un sermón predicado por un sacerdote mediocre, es con frecuencia de menos eficacia que el Apostolado del verdadero sacerdote, cuya fe, compunción y piedad se exteriorizan con motivo de un Bautismo, un funeral o la Santa Misa. En él las palabras y los ritos son flechas capaces de remover los córazones. La Liturgia, VIVIDA de esa manera, refleja a los ojos de los fieles la certeza de los Misterios, la existencia de lo Invisible, y los anima a invocar a Jesús, aunque casi lo desconozcan, pero con el que palpan que ese sacerdote está en comunicación íntima. En cambio hay riesgo de que su fe se debilite o se pierda, cuando dicen con repugnancia: "No es posible que ese sacerdote crea en Dios ni que le tema, cuando celebra, bautiza y hace sus oraciones y ceremonias de esa manera". ¡Qué responsabilidad la de ese desgraciado! ¿Quién se atreverá a decir que esos escándalos no serán objeto de un juicio riguroso? ¡Qué influencia tan grande ejercen en los fieles el respeto por una parte, y por otra la despreocupación en las funciones sagradas!

Estudiando en una escuela universitaria, libres de toda influencia clerical, tuvimos ocasión de ver, por casualidad y sin que él lo observara, a un sacerdote rezando el breviario. Su actitud llena de respeto, enteramente religiosa, fue para nosotros una revelación, y sentimos desde aquel momento la necesidad de rezar, pero del modo con que rezaba aquel sacerdote.

En las cortes de los reyes de la tierra, hasta los más humildes servidores creen que las funciones que desempeñan tienen mucha importancia y toman aires majestuosos y solemnes, y yo, que formo parte de la guardia de honor del Rey de reyes y del Señor lleno de Majestad, ¿por qué no he de adquirir una *distinción* que se traduzca en la *actitud de mi alma* y en la *dignidad de mi porte,* durante el ejercicio de mis funciones?

ATTENTE. — Mi espíritu arde en el afán de extraer de las palabras y ritos sagrados cuanto pueda alimentar mi corazón.

A veces fijaré la atención en el *sentido literal* de los textos. Ya siga el sentido de cada frase, ya medite sin detenerme en el rezo el sentido de una palabra que me haya impresionado, hasta sentir la necesidad de descubrir la miel de la devoción en otra flor; en ambos casos guardo con fidelidad el *Mens concordet voci* (87). A veces mi inteligencia se ocupará en el *misterio del día* o en la *idea principal* del tiempo litúrgico; pero será secundario su papel, si lo comparamos con el de la voluntad, a la cual auxiliará, para que pueda *mantenerse en adoración o para comenzarla.*

La Iglesia se nos aparecía reducida a aquel sacerdote dignísimo en comunicación con su Dios.

Por el contrario, un alma noble hace poco tiempo nos confesaba que al ver a su párroco "volar" en la celebración de la Misa, comenzó a pensar si habría perdido la fe. Desde entonces, nos agrega, dejé de rezar, porque no podía hacerlo, y hasta dejé de creer y se apoderó de mí una especie de náusea al pensar que habría de ver otra vez a aquel sacerdote decir la Misa, hasta el punto de que dejé de acercarme a la Iglesia

(87) Que el pensamiento esté de acuerdo con la voz (Regla de San Benito).

Por muy frecuentes que sean mis distracciones, sin violencia ni rigidez, sino *suavemente*, como cuanto se hace con tu concurso, oh Jesús, y *fuertemente*, como cuanto responde con generosidad a este concurso, quiero volver a hacer el acto de adoración.

DEVOTE. — Este es el punto capital. Todo debe parar en hacer del oficio divino y de toda función litúrgica, *un ejercicio de piedad* y, por consiguiente, *un acto del corazón.*

"La precipitación es la muerte de la devoción"

San Francisco de Sales da como *principio* fundamental esa máxima cuando habla del breviario y *a fortiori* de la Misa. Yo me impongo, pues, la obligación de emplear alrededor de *media hora* en la celebración de la MISA, para que no sólo el Canon, sino todo lo demás, sea dicho y hecho piadosamente.

Y descartaré toda clase de PRETEXTOS que pudieran servir para realizar deprisa este acto central de mi vida diaria. Si por una mala costumbre, trunco algunas palabras o ceremonias, me detendré, aunque sea más del tiempo debido, en esos pasajes defectuosos para observarlos *pausadamente* (88).

Y quiero que esta resolución abarque, en la debida proporción, todas las demás funciones litúrgicas: Sacramentos, bendiciones, funerales, etc.

---

(88) Queriendo caricaturizar a una persona que hablaba saltando de una cosa a otra y sin saber lo que se decía, un literato del siglo pasado, famoso por su impiedad, y por el realismo de sus descripciones, no encontró mejor comparación que la del sacerdote que "bosteza su Misa".

En cuanto al Breviario, *determinaré de antemano el momento* en que he de rezarlo, y en cuanto llegue ese momento, lo despacharé todo cueste lo que cueste. *Quiero a toda costa que el rezo del Breviario sea una verdadera oración del corazón.*

Oh divino Mediador, haz que sienta el horror de la precipitación, cuando ocupo tu lugar u obro en nombre de la Iglesia. Persuádeme de que la precipitación paraliza ese *gran Sacramental* que es la Liturgia, y le impide que sostenga el espíritu de oración sin el cual, bajo capa de sacerdote celoso, yo podría llegar a ser a tus ojos un hombre tibio o algo peor. Graba en mi conciencia esta frase, que me haga temblar: *Maledictus qui facit opus Dei fraudulenter* (89).

A veces, a impulsos del corazón, captaré en una *síntesis de Fe,* el sentido general del misterio conmemorado en el Ciclo litúrgico, y nutriré mi alma con él.

Otras, será un *acto saboreado con detención,* acto de fe o de esperanza, de deseo o de pena, de ofrecimiento o de amor.

Otras, por último, me bastará *una simple* MIRADA. Mirada íntima y sostenida de un misterio, de una perfección de Dios, de mi nada, de mis miserias y necesidades o de mi dignidad de cristiano, de sacerdote o de religioso. Mirada completamente distinta del acto de inteligencia en el estudio de la Teología. Mirada que aumenta la fe, y más el amor. Mirada que es sin duda un reflejo pálido de la visión beatífica, pero que realiza desde este mundo lo que has

---

(89) Maldito el que ejecuta de mala fe y con negligencia la obra que el Señor le manda. (Jerem. XLVIII, 10).

prometido a las almas puras y fervorosas: ***Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*** (90).

Así, cada una de las ceremonias vendrá a ser una *diversión descansada,* por ser la verdadera respiración del alma, que las ocupaciones iban a asfixiar.

Oh Sagrada Liturgia, qué bálsamo traes a mi alma con tus diversas "funciones". Lejos de ser éstas para mí una esclavitud pesada, constituyen uno de los mayores consuelos de mi vida.

¿Cómo podría ser de otra manera, ya que, llamado gracias a ti, a la dignidad de hijo y embajador de la Iglesia, de miembro y ministro de Jesucristo, he de revestirme cada día más de Aquel que es la *Alegría de los bienaventurados?*

La unión con El me enseñará a aprovecharme de las cruces de esta vida mortal, para hacer la siembra de mi eterna felicidad, y la Vida litúrgica, más eficaz que todo apostolado, hará que pueda arrastrar en pos de mí otras almas en el camino de la santidad y de la salvación.

4. La Guarda del Corazón, clave de la Vida interior y, por tanto, esencial para el Apostolado

RESOLUCION DE LA GUARDA DEL CORAZON

Quiero, Jesús mío, que mi corazón tenga la preocupación constante de PRESERVARME *de toda mancha, y de* ESTAR CADA VEZ MÁS UNIDO *a tu Corazón, en todas mis ocupaciones, conversaciones, recreos, etcétera.*

---

(90) Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. (Mat. V, 8).

El elemento negativo más indispensable de esta resolución, me obliga a evitar toda mancha en los móviles y cumplimiento de mis acciones (91).

El elemento positivo me impulsa a querer intensificar la fe, la esperanza y la caridad, que animan esta acción.

Esta resolución será el verdadero termómetro del *valor práctico* que tenga la oración que debo hacer todas las mañanas y de mi vida litúrgica; porque mi vida interior será lo que sea la Guarda de mi corazón: *Omni custodia conserva cor tuum, quia ex ipso vita procedit* (92).

La Oración y la Vida litúrgica me impulsarán a unirme con Dios. Pero la *Guarda del corazón* es la que permite al viajero aprovecharse del alimento que tomó antes de emprender la marcha o durante

---

(91) ¿Cómo se adquiere la pureza de intención?—Estando muy sobre sí al comenzar y continuar nuestras acciones.

¿Por qué es necesario estar sobre sí al comienzo de las acciones?—Porque si son agradables, útiles o conformes a las inclinaciones de la naturaleza, ésta se deja arrastrar por su propio impulso, por agrado o por interés. ¿Qué atención, pues, y qué dominio propio no se necesitan para evitar que la voluntad sea arrastrada por los motivos naturales que la halagan, solicitan y encantan?

P.—¿Por qué decimos también que es preciso estar sobre sí, principalmente durante la ejecución de las acciones?

R.—Porque, aunque al comenzar la acción se renuncie a las sugestiones de los sentidos y al amor propio, para seguir los imperativos de la fe, si después se abandonan la propia vigilancia y el propio dominio, el gusto del placer y el propio interés comenzarán a insinuarse, el corazón se irá ablandando y la naturaleza, aunque dominada al principio por los primeros renunciamientos, recobrará su poder; pronto, aunque imperceptiblemente, comenzará a prevalecer el amor propio, desvirtuando los móviles puros con que comenzó la acción, resultando al cabo, como dice San Pablo, que lo que comenzó en espíritu acaba en carne, es decir, en puntos de vista bajos, terrenos e interesados. (P. Caussade).

(92) Guarda tu corazón con toda vigilancia porque de él mana la vida. (Pro. IV, 23).

los descansos, para mantenerse constantemente en la disposición en que se encontraba al comenzar a andar.

Esta guarda del corazón es la *solicitud habitual o frecuente, en preservar todas mis acciones, a medida que se presentan, de cuanto pudiera viciar sus* MÓVILES *o su* REALIZACIÓN.

Solicitud tranquila, cómoda, sin violencia, fuerte y humilde al mismo tiempo, porque está basada en la confianza de que puedo acudir a Dios en mi calidad de hijo suyo.

Es un trabajo del corazón y de la voluntad más bien que del espíritu, el cual debe gozar de libertad para cumplir mejor sus obligaciones. La guarda del corazón no impide la realización de las acciones, sino que las reglamenta con el espíritu de Dios y las ajusta a los deberes que mi estado me impone. Quiero practicar a todas horas este ejercicio, que será una mirada del corazón a todas las acciones presentes, y una atención moderada a cada una de las partes de una acción, a medida que voy ejecutándola. Así, será la observación puntual de *Age quod agis* (93). Mi alma, como un centinela vigilante, observará todos los movimientos del corazón, especialmente lo que ocurre dentro de mí; impresiones, intenciones, pasiones, inclinaciones, en una palabra, todos mis actos internos y externos, pensamientos, palabras y acciones.

Claro es que esta guarda del corazón *exige* un determinado recogimiento y no puede llevarse a cabo con el alma disipada.

---

(93) Haz lo que haces, es decir aplícate con toda atención a lo que ejecutas.

Pero con la práctica me habituaré a este ejercicio y así se me hará más fácil.

Quo vadam et ad quid? (94). ¿Qué haría Jesús y cómo se conduciría, si se encontrase en mi caso? ¿Qué me aconsejaría? ¿Qué me pide en este momento? Tales son las preguntas que acudirán espontáneamente a mi alma, ávida de vida interior.

Cuando sienta los impulsos de ir a Jesús por María, la guarda del corazón tendrá un carácter más afectivo todavía. El recurso a esta buena Madre vendrá a ser una necesidad incesante de mi corazón.

Así se cumplirá el MANETE *in Me et Ego in vobis* (95), quc resume todos los principios de la vida interior.

Mi alma quiere lograr por medio de la guarda del corazón que la unirá contigo, lo que Tú, oh Jesús, dices que es fruto de la Eucaristía: *In Me manet et Ego in eo. In Me manet.* Sí; yo me consideraré como en mi casa, cuando esté en tu divino Corazón, con derecho a disponer de todas tus riquezas, mediante la utilización de los tesoros sin fin de la Gracia santificante y de la Mina inagotable de las gracias actuales.

Et Ego in eo. Pero, gracias a la guarda del corazón que practique, Tú también, amadísimo Salvador mío, estarás en mi alma como en tu casa. Porque me esforzaré en asegurar el ejercicio constante de tu realeza sobre todas mis facultades y me preocuparé no sólo de nada hacer fuera de ti, sino de insuflar en

(94) ¿A dónde voy y por qué?—Frase que San Ignacio se repetía constantemente, a la cual se refieren con frecuencia sus Ejercicios Espirituales.

(95) Juan, V, 4.

cada una de mis acciones una fuerza de amor que crezca de día en día.

La consecuencia de esta guarda del corazón será el hábito del recogimiento interior, del combate espiritual y de una vida ocupada y reglamentada, con el consiguiente y extraordinario aumento de méritos.

De esta manera, oh Jesús mío, la unión *indirecta* que las obras me hacen tener contigo, es decir, mis relaciones con las criaturas, en conformidad con tu divina voluntad, será la continuación de la unión que realizo *directamente* por medio de la Oración, la Vida litúrgica y los Sacramentos. En ambos casos, esta unión procederá de la fe y de la caridad y se realizará bajo el impulso de la gracia.

En la unión directa, no miro *sino a Ti y a Ti solo*. En la indirecta, me aplico a otros objetos. Pero como lo hago por obedecerte, los objetos de mi atención se tornan en *medios escogidos* por Ti, para mi unión contigo. Así, te dejo para encontrarte. Siempre *eres Tú aquel* a quien busco con el mismo amor, pero según *tu Voluntad*. Y esta voluntad tuya es el único faro que la Guarda del corazón me señala como guía de mi actividad en tu servicio. En ambos casos puedo, pues, decir: *Mihi adhaerere Deo bonum est* (96).

Por consiguiente, es un Error creer que para unirme contigo, oh Dios mío, debo *dejar mis acciones para más tarde o esperar a terminarlas*. Es un error suponer que determinados trabajos, por su naturaleza o por el tiempo en que se ejecutan, pueden

(96) Ps. LXXII. 28.

dominarme hasta *quitarme la libertad e impedir mi unión contigo*. Esto no puede ser, porque Tú quieres que yo sea libre; Tú no quieres que la acción me domine hasta anular mi libertad. Tú quieres que *yo la domine*, y que no sea dominado por ella, y para lograrlo me ofreces tu gracia, a condición de que sea fiel a la guarda del corazón.

Desde el momento en que el sentido práctico sobrenatural me da a conocer por varios acontecimientos, circunstancias y detalles dispuestos por tu Providencia, que una determinada acción está ligada a tu Voluntad, mi deber es *no eludirla, ni complacerme en ella*, sino comenzarla y concluirla únicamente *para hacer tu voluntad*. Porque mi amor propio llegaría a adulterar su valor y a disminuir su mérito (97). Si sabiendo lo que Tú quieres, oh Jesús mío, y cómo lo quieres, *Quod et quomodo Deus vult*, lo hago porque lo quieres Tú: *Et quia Deus vult* mi unión contigo. lejos de disminuir será más estrecha.

I. Necesidad de la Guarda del corazón

Dios mío, Tú eres la Santidad, y en este mundo no admites a tu intimidad a las almas sino *en la*

(97) En el bien, dice el P. Desurmont, se ocultan un deleite, una gloria, un honor y un no sé qué, que la naturaleza a veces apetece con más avidez que el mismo mal.

El alma está bien alerta contra este gusano roedor, y ese egoísmo refinado que ahoga las gracias actuales.

El Señor, por bondad para con nosotros, como por celo de su gloria, se ha declarado indiferente a todos los bienes particulares. Sólo le interesa la voluntad. De suerte que una nada en conformidad con esa voluntad merecería el cielo y, sin ella, los mayores prodigios quedarían sin recompensa. Por eso, en todas las cosas, debe proponerse no sólo simplemente el bien, sino el bien que Dios quiere, es decir, la voluntad de Dios. ("La vuelta constante a Dios").

medida en que se aplican a evitar cuanto pudiera mancharlas.

La pereza espiritual en elevar mi corazón a Ti; la afección desordenada de las criaturas; las brusquedades e impaciencias; el rencor, los caprichos, la molicie, el afán de comodidades; la facilidad de hablar de los defectos del prójimo sin razón justificada; la disipación, la curiosidad que no tiene relación alguna con la gloria de Dios; la charlatanería, la locuacidad, los juicios temerarios acerca del prójimo; la vana complacencia en mí mismo; el desprecio de los demás y la crítica de su conducta; el ansia de estima y alabanza en los móviles de mis acciones; la exhibición de cuanto me favorece; la presunción, la testarudez, los celos, la falta de respeto a la autoridad, la murmuración; la falta de mortificación en la comida y bebida, etc., etc., qué CANTIDAD DE PECADOS VENIALES, o al menos de imperfecciones voluntarias pueden invadirme y privarme de las gracias abundantes que me tenías reservadas desde la eternidad.

¿De que me servirían la oración y la vida litúrgica si no me facilitasen el recogimiento del alma para estar más alerta con las faltas de *pura fragilidad* y levantarme *inmediatamente* cuando mi voluntad empieza a flaquear, y si no me incitaran a imponerme sanciones cuando las necesite?

¡Pensar que por carecer de la guarda del corazón, Jesús mío, podría yo PARALIZAR la acción que ejerces sobre mí!

Las Misas Comuniones, Confesiones y demás ejercicios de piedad; la protección especial de la divi-

na Providencia, que se preocupa de mi salvación; la solicitud del Angel de mi guarda; hasta tu vigilancia maternal, ¡oh Madre mía Inmaculada!..., *todo puede quedar paralizado y estéril por culpa mía.*

Si carezco de voluntad para imponerme esa violencia a que te refieres, oh Jesús mío, al decir: *Violenti rapiunt illud* (Mat., XI, 12), Satanás tratará de adueñarse de mi corazón para extraviarlo y debilitarlo, y llegará hasta la perversión de mi conciencia, por medio de falsas ilusiones.

Algunas de las caídas, alma mía, que Tú dices que son de pura fragilidad, acaso Dios las ve de otra manera. Si no te ejercitas en la Guarda del corazón y te empeñas en realizar el programa concretado en estas palabras: "*Quiero llegar a guardar para Jesús el móvil de cada una de mis acciones*", ¿podrás afirmar lo contrario?

Si abandono la resolución de guardar mi corazón, iré acumulando una serie espantosa de expiaciones para el Purgatorio y, aunque hasta la fecha haya evitado el pecado mortal, me encontraré en la pendiente resbaladiza que hace caer fatalmente en él. ¿Has pensado en esto, alma mía?

II. La Presencia de Dios, base de la Guarda del Corazón

Oh Trinidad Santísima, si, como lo espero, me encuentro en estado de gracia, *vos habitáis en mi corazón,* aunque oculto bajo el velo de la fe, con toda vuestra gloria y vuestras perfecciones infinitas como habitáis en el Cielo.

Constantemente están en mí *vuestros ojos para ver todos mis actos.* Vuestra justicia y vuestra misericordia *actúan en mí incesantemente.* En respuesta a mis infidelidades, unas veces me retiráis las gracias especiales, otras dejáis de preparar maternalmente los acontecimientos favorables para mí, y también soléis abrumarme de nuevos beneficios para volverme a Vos.

Si yo estimara que vuestra habitación en mí es el acontecimiento más considerable y el *más digno de llamar mi atención*, ¿cómo dejaría a veces pasar tanto tiempo sin pensar en ello?

¿No es cierto que la falta de atención a este hecho fundamental de mi existencia, es el origen de mis fracasos en las tentativas que hago de adquirir la guarda del corazón?

Si durante el día hubiera repetido el ejercicio de las *jaculatorias,* ellas me hubieran traído constantemente a la memoria la inhabitación, todo amor, de Dios en mí. *¿Has puesto bastante de tu parte hasta hoy, alma mía, para que las jaculatorias jalonen tu vida,* AL MENOS UNA VEZ, EN CADA HORA DEL DÍA? ¿Te has aprovechado de la Oración y de la Vida litúrgica, para entrar de vez en cuando, siquiera durante unos segundos, en lo más íntimo de tu corazón, a fin de adorar a la Belleza infinita, a la Inmensidad, a la Omnipotencia, a la Santidad, a la Vida, al Amor; en una palabra, al *Bien Supremo y Perfecto* que se ha dignado residir en tu corazón y que es *tu Primer Principio y tu Ultimo Fin?*

Comuniones espirituales... ¿qué lugar ocupáis en mis horas? Y, sin embargo, estáis a mi disposición todos los instantes para recordarme que la Santísima

Trinidad habita en mí y para hacer que esta *inhabitación se intensifique mediante una nueva infusión de la Sangre del Redentor en mi alma.*

¿Qué estimación he dado hasta ahora a estos tesoros colocados en mi camino? Me hubiera bastado inclinarme para recoger esos diamantes y engastarlos en mi diadema. ¡Qué lejos me encuentro de aquellas almas que, sin abandonar sus trabajos o conversaciones, vuelven mil veces al cabo del día a la comunicación con su huésped divino! Han adquirido esa costumbre *y su corazón ha quedado fijo donde está su tesoro.*

III. La devoción a Nuestra Señora facilita la Guarda del Corazón

Oh Madre mía Inmaculada, para que me ayudases a guardar el corazón unido por Jesús a la Santísima Trinidad, la palabra de tu Hijo en el Calvario me hizo hijo tuyo. Quiero que todas las invocaciones que he de dirigirte, *cada día más frecuentemente,* sirvan para la guarda de mi corazón, a fin de purificar sus tendencias, intenciones, afectos y deseos.

No quiero cerrar los oídos a tu dulce voz, que me dice: "Detente, hijo mío, y *rectifica tu corazón.*" No es verdad, no, que en este momento buscas exclusivamente la gloria de Dios. ¡Cuántas veces, en mis disipaciones u ocupaciones desordenadas me has dirigido esta maternal invitación! ¡Y cuántas veces, ay, la he despreciado!

Madre mía, desde hoy, escucharé esa LLAMADA DE TU CORAZÓN y te demostraré mi fidelidad parándome

en seco, con energía, en mis malos caminos. Un solo instante me bastará para formularme una de estas preguntas: *¿Para quién realizo la acción presente? ¿Cómo obraría Jesús si se encontrase en mi lugar?* Estas preguntas, cuando se hacen habitualmente, constituyen la Guarda del corazón. Así, podré tener mis facultades con sus tendencias, aun en los menores detalles, en *una dependencia habitual,* cada día más perfecta, con relación a Dios, que vive en mí.

IV. Aprendizaje de la Guarda del Corazón

Yo gimo porque tengo que dejar la presencia de Dios durante los largos intervalos que mis trabajos exigen. Gimo al ver que en el tiempo de mi vida exterior incurro en muchas faltas, cualquiera que sea el estado de mi alma, mezcla de fervor e imperfección o tibieza. Desde hoy me propongo poner remedio a todo esto, mediante la Guarda del corazón.

Por la mañana, en la oración fijaré con DECISIÓN, CONCRETAMENTE, EL MOMENTO DE MIS OCUPACIONES en que, sin dejarlas, haré un esfuerzo en vivir de la vida interior con la MAYOR PERFECCIÓN POSIBLE, y guardar el corazón, es decir, estar vigilante a todos mis actos, bajo tu mirada, oh Jesús mío, y acudir a Ti, *como si tuviese* hecho el voto de hacer lo más perfecto en todas las cosas.

Comenzaré por cinco minutos o menos, mañana y tarde (98); cuidaré de hacer bien este ejercicio, más

(98) Es lo que llama Bossuet "momento de soledad afectuosa, que es preciso prepararse a toda costa durante el día".

Es lo que tan insistentemente aconsejaba San Francisco de Sales con el nombre de retiros espirituales. En este ejercicio

que de prolongarlo; me esforzaré en perfeccionarlo de día en día, y conducirme *en mis trabajos*, y MÁS SI SON DE LOS QUE ABSORBEN DE VERAS, a la manera de los santos, por la pureza de intención, la guarda del corazón y de todas mis facultades y la nobleza de mi conducta; en una palabra, trataré de conducirme *como lo hubiera hecho Jesús*, de encontrarse en estas mismas ocupaciones.

Así, practicaré el *aprendizaje de la vida interior*, y ello servirá de protesta contra el hábito de disiparme y la *evagatio mentis*. Quiero a Jesús. Quiero su reinado. Quiero que durante mis ocupaciones, ese reinado continúe en mí. Quiero que mi alma deje de ser como un corredor abierto a todos los vientos, incapacitada para vivir unida a Jesús; y que sea vigilante, suplicante y generosa.

Durante estos cortos instantes, sin violentar mi mirada, la fijaré en los diversos móviles de mi alma, que ha de ser inexorable consigo misma. Y tendré mi voluntad tensa y ardientemente decidida a no perdonarme nada, para vivir con toda la perfección posible, durante este corto intervalo. Mi corazón, por su parte, estará resuelto a recurrir frecuentemente a nuestro Señor, para mantenerme en ese ENSAYO DE SANTIDAD.

Este ejercicio deberá ser *cordial, alegre y hecho con anchura de alma*. Deberé, sin duda, no perder la vigilancia y ser mortificado para mantenerme en la presencia de Dios, y negar a mis facultades y sen-

---

del retiro espiritual y de las jaculatorias descansa la gran obra de la devoción. Este ejercicio suple a la falta de las demás oraciones, pero si falta él, no puede ser suplido por ninguna. Sin él, la misma vida activa se hace mal y el trabajo es una perturbación. (Introd. a la vid. dev. 2.ª p., c. III).

tidos todo lo que huela a natural. Pero no me contentaré con este lado negativo de mis esfuerzos. Procuraré ante todo que *este ejercicio vaya informado de esa intensidad en el amor*, con la cual practicaré el *Age quod agis*, con más pureza de intención y con un ardor y una generosidad crecientes, que dé a mis obras todo el valor y toda la perfección de que son susceptibles.

Por la tarde, en el examen general (o en el particular, si lo hago sobre este ejercicio) ampliaré con todo rigor cómo he empleado esos minutos destinados a la guarda del corazón más estricta y sin reservas, junto a Jesús. Me impondré una sanción o una pequeña penitencia (aunque sea privarme del vino o del postre, sin que nadie se aperciba, o hacer una corta oración con los brazos en cruz, o golpearme los dedos con un objeto duro, como por ejemplo una regla), si veo que no estuve bastante vigilante, fervoroso, suplicante o amoroso durante la tentativa de la guarda del corazón; es decir, si *no uní debidamente* la vida interior *a la activa*.

¡Qué resultados tan maravillosos lograré con este ejercicio! ¡Oh, qué escuela es esta de la guarda del corazón!

¡Qué apreciación tan distinta e insospechada de mis pecados e imperfecciones! Estos benditos instantes ejercerán poco a poco una influencia VIRTUAL, sobre los que les sigan. Pero nos los prolongaré sino después de haber agotado lo que hubiere podido entrever de horizonte de santidad, de perfección, de ejecución y de intensidad de amor.

Me preocuparé más de la calidad que de la cantidad. La sed de no contentarme con los cinco minutos

del principio, se me avivará en la proporción en que llegue a ver lo que soy y lo que Tú esperas de mí, Jesús mío. Y, poco a poco, familiarizándome con este saludable ejercicio, acabaré *por encontrar el hábito y la necesidad* de practicarlo, y Tú descubrirás a mi alma, así purificada, los secretos de la vida de unión contigo.

V. Condiciones de la Guarda del Corazón

Casi toda la trama de mi vida está más o menos manchada. De esta CONVICCIÓN que Satanás trata de hacerme olvidar, nace mi *desconfianza* en mí y en las criaturas. Este elemento, *injertado en el deseo vivo que tengo de ser de Jesús* producirá forzosamente:

Una *vigilancia*, leal y exacta, dulce y tranquila, confiada en la gracia y fundamentada en la represión de la disipación y del exceso de apresuramiento natural. Una *renovación* constante de mis resoluciones. Un *volver a comenzar* persistente, lleno de confianza en la misericordia de Jesús para el alma que lucha de verdad por llegar a la Guarda del corazón. La certeza creciente de que NO ME ENCUENTRO SOLO en mis combates, sino unido a Jesús que vive en mí, a María, mi Madre, al Angel de mi Guarda y a los Santos. La convicción de que esos aliados poderosos me prestan su asistencia *en todos los instantes,* con tal que persevere en la guarda del corazón, y no me aleje de su asistencia. Por último, *el recurso cordial y frecuente* a todos esos apoyos divinos, para que me ayu-

den a hacer *lo que Dios quiere, como lo quiere y porque lo quiere* (99).

¡Oh Jesús mío, qué transformación sufrirá mi vida si guardo el corazón unido contigo! Mi inteligencia puede aplicarse del todo *a la acción* que ejecute. Pero quiero llegar a practicar en mis trabajos, aun los más absorbentes, lo que he observado en algunas almas; que están enteramente ocupadas y, al mismo tiempo, con su corazón RESPIRANDO constantemente en Ti.

La Guarda del corazón, bien comprendida, no disminuirá *la libertad de acción de mis facultades* en el cumplimiento de los deberes de mi estado; antes al contrario, la respiración de mi alma en la atmósfera de tu amor, Jesús mío, *la aumentará,* haciendo que mi vida se deslice con serenidad, a pleno sol, pujante y fecunda.

En vez de ser esclavo de la soberbia, el egoísmo o la pereza; en lugar de gemir bajo el yugo de las pasiones e impresiones, seré más libre cada vez. Y, con mi libertad perfeccionada podré, ¡oh Dios mío!, darte frecuentemente el homenaje de mi dependencia. Así me aseguraré en la *verdadera humildad,* sin la cual la vida interior es ficticia. Así también desarrollaré en mí el espíritu fundamental de sumisión; *submissio ad Deum* (100), que resume la intimidad de la vida del Salvador.

Participando de la llama de amor, que te hizo ¡oh Jesús!, tan dócil y atento a la voluntad de tu Padre, mereceré participar en el cielo de la gloria que goza tu Humanidad, en recompensa de tu admirable

---

(99) Quod Deus vult, quomodo vult et quia vult.

(100) La humildad consiste sobre todo en la sumisión del hombre de Dios. (S. Tom.).

dependencia de Dios, fundamentada en la humildad y el amor: *Factus obediens... propter quod et Deus exaltavit illum* (101).

5. Necesidad que tiene el Apóstol de una ardiente devoción a María Inmaculada

Miembro de la Orden de los Cistercienses tan íntimamente consagrada a María, hijo de San Bernardo, el apóstol incomparable de Europa durante medio siglo, ¿podría olvidarme de que el Santo Abad de Claraval atribuía a María los progresos que hizo en la unión con Jesús y los éxitos de su apostolado?

Todo el mundo conoce lo que fue ante los pueblos y los reyes, en el seno de los Concilios y en la corte de los Papas, el apostolado de aquel que será el hijo más ilustre del Patriarca San Benito.

Todos exaltan la santidad, el genio, el conocimiento profundo de las Escrituras y la unción penetrante de los escritos del último Padre de la Iglesia.

Pero lo que principalmente resume la admiración de los siglos hacia el Santo Doctor es el título de *Cytharista Mariae* que se le da.

"Trovador de María", no ha sido superado por ninguno de cuantos celebraron las glorias de la Madre de Dios. San Bernardino de Sena y San Francisco de Sales, así como Bossuet, San Alfonso, el Venerable Simón de Monfort y otros, acudieron a la mina de los escritos de San Bernardo cuando quisieron hablar de María y hallar argumentos con que demostrar esta verdad que el Santo Doctor, se preocupa de poner de relieve: "Todo nos viene por María."

(101) Fue obediente..., por lo cual Dios le exaltó. (Fil. II, 9).

"Ved, hermanos míos, con qué sentimientos de devoción quiere que honremos a María ese Dios que ha depositado en ella la plenitud de todos los bienes. Todas nuestras esperanzas, las gracias que poseemos y las prendas de salvación, debemos reconocer que nos vienen por conducto de Aquélla, que está colmada de delicias... Suprimid el sol que ilumina el mundo, y desaparece el día. Suprimid a María, esa estrella del mar, de nuestro inmenso mar sin orillas, ¿qué nos queda sino profunda oscuridad, sombra de muerte y tinieblas espesas? Honremos, pues, a María desde el fondo de las entrañas, con nuestros mejores sentimientos. Tal es la voluntad de Aquel que quiso que todo lo recibamos por Ella" (102).

Convencidos de esta doctrina, no dudamos en afirmar que el *apóstol, por mucho que trabaje en su santificación, en su progreso espiritual y en la fecundidad de su apostolado, se expone a edificar sobre arena, si su actividad no se apoya en una especialísima devoción a Nuestra Señora.*

a) Para la vida interior personal

Un apóstol no tendrá la debida devoción a María, si su confianza en ella carece de entusiasmo y se limita a darle un culto puramente exterior. Así como su Hijo, *intuetur cor.* Ella no mira sino a nuestro corazón y nos tiene por verdaderos hijos en la medida en que la fuerza de nuestro amor responde al suyo para con nosotros.

(102) Serm. in Nativ. B M. V., o del acueducto. (San Bernardo).

Un corazón firmemente convencido de las grandezas, privilegios y funciones de Aquella que es a la vez Madre de Dios y de los hombres.

Un corazón penetrado de que la lucha contra los propios defectos, la adquisición de las virtudes, el reinado de Jesucristo en nuestras almas y, por tanto, la seguridad de nuestra santificación y salvación, guardan proporción con el grado de devoción que tengamos a María (103).

Un corazón penetrado de este pensamiento: que todo es más fácil, seguro, suave y rápido en la vida interior cuando se ejecuta con María (104).

Un corazón que desborda de confianza filial, pase lo que pase, hacia Aquella cuyas delicadezas, atenciones, ternuras, misericordias y generosidades conoce (105).

Un corazón cada vez más inflamado de amor hacia Aquella que jamás separa de sus alegrías, que siempre une a sus penas y por la cual pasan todos sus afectos y cariños.

Todos estos sentimientos reflejan a la perfección el corazón de San Bernardo, que fue un ejemplar de hombre de obras.

Quién no conoce las palabras que le salen del alma, cuando explicando a sus monjes el pasaje del Evangelio, *Missus est*, exclama:

---

(103) Nadie se salva sino por Vos, Madre de Dios. Nadie recibe los dones de Dios sino por Vos, oh llena de gracia. (San Germán). La santidad crece en proporción de la devoción que se tiene a María. (Faber).

(104) Con María se hacen más progresos en el amor de Jesús durante un mes, que en muchos años cuando no se está muy unido a ella. (Griñón de Monf.)

(105) Filioli, haec mea maxima fiducia est, haec tota ratio spei meae. Hijos míos, Ella es la base de mi confianza y toda la razón de mi esperanza. (S. Bern.).

"Oh vosotros los que comprendéis que en el flujo y reflujo de este siglo flotáis en medio de las borrascas y tempestades en vez de pisar en tierra firme, tened fijos los ojos en esa estrella para no perecer en la tormenta. Si los vientos de las tentaciones se desencadenan y chocáis con los escollos de las tribulaciones, mirad a la estrella; invocad a María. Si os sentís sacudidos por las olas del orgullo, de la ambición, de la maledicencia, de la envidia, mirad a la estrella; invocad a María. Si la cólera, la avaricia o la codicia asaltan el frágil esquife de vuestra alma, levantad los ojos a María. Si abrumados por la enormidad de vuestras culpas, y confundidos por las llagas repugnantes de vuestra conciencia, o espantados por el horror del juicio que os espera, comenzáis a sumergiros en el abismo de la tristeza y la desesperación, pensad en María. En los peligros, en las angustias y en el tormento de las dudas, pensad en María; invocad a María. Que María no se separe nunca de vuestros labios ni de vuestro corazón. Y para tener los sufragios de sus oraciones, no olvidéis los ejemplos de su vida. Siguiéndola no os extraviaréis; invocándola, no caeréis en la desesperación; contemplándola, no os equivocaréis; con su apoyo, no podréis caer; bajo su protección, no hay por qué temer; conducidos por ella, no os fatigaréis; si os es propicia, llegaréis seguramente a puerto."

Obligados a no alargarnos, y queriendo por lo menos ofrecer a nuestros hermanos en el apostolado un resumen de los consejos de San Bernardo para llegar a ser un verdadero hijo de María, creemos lo más acertado invitarles a leer con atención el sólido y precioso volumen "*La vida espiritual en la escuela del*

Venerable Griñón de Monfort", escrito por el Padre Lhoumeau (106). Juntamente con las obras de San Alfonso María de Ligorio y los comentarios del Padre Desurmont; con los escritos del Padre Faber, del Padre Giraud y de La Salette, ninguna obra refleja mejor que la del Padre Lhoumeau los escritos de San Bernardo que, por otra parte, cita en casi todas las páginas del libro. Sólida base teológica, unción y carácter práctico; todo lo reúne para obtener el resultado que buscaba sin descanso el Abad de Claraval; o sea, modelar el corazón de sus hijos a imagen del suyo; y darles lo que fue la característica de los autores cistercienses: *la necesidad de recurrir habitualmente a María y la Vida de unión con ella.*

Terminemos con las consoladoras palabras que la admirable cisterciense Santa Gertrudis, llamada por Dom Gueranger Gertrudis la Grande, oyó de labios de la Santísima Virgen: "A mi dulce Jesús no debe llamársele mi unigénito, sino mi primogénito. Primeramente le concebí a él en mi seno, pero después de él, o mejor dicho, por él os he concebido a todos para que seáis hermanos suyos e hijos míos, adoptándoos en las entrañas de mi caridad maternal." Todo cuanto en las obras de esta Santa Patrona de las Religiosas Cistercienses, tiene relación con la vida de unión con María, refleja el espíritu de su Padre San Bernardo.

b) POR LA FECUNDIDAD DEL APOSTOLADO

Todo hombre de obras, ya se disponga a sacar las almas del pecado o a prepararlas a la virtud, debe

(106) El P. Lhoumeau es el Superior General de la Congregación fundada por B. Griñón de Monf.

tener como preocupación, la de San Pablo, o sea engendrar Nuestro Señor en las almas. Ahora bien, dice Bossuet: "Habiendo querido Dios darnos una vez a Jesucristo por medio de la Santísima Virgen, esta disposición no puede sufrir alteración. Si Ella engendró la cabeza, debe engendrar los miembros."

Separar a María del apostolado sería desconocer una de las partes esenciales del Plan Divino. Todos los predestinados, dice San Agustín, están en este mundo encerrados en el seno de la Santísima Virgen, que les guarda, nutre, retiene y desarrolla, hasta que los dé a luz en la gloria después muerte."

"Desde la encarnación, concluye con razón San Bernardino de Sena, María ha adquirido una especie de jurisdicción sobre toda misión temporal del Espíritu Santo, que suerte que ninguna criatura recibe las gracias que Dios le concede, sino por sus manos."

Pero a su vez, el devoto verdadero de María viene a ser todopoderoso sobre el Corazón de su Madre. Entonces, habrá un apóstol que pueda dudar de la eficacia de su apostolado, si por ser devoto de María dispone de la Omnipotencia que tiene María sobre la Sangre del Redentor?

Así vemos que todos cuantos se dedican a convertir a las almas, están animados de una devoción extraordinaria hacia la Santísima Virgen. ¿Quieren sacar un alma del pecado? ¡Con qué calor y persuasión hablan, por estar identificados con el horror al mal y el amor a la pureza con la que se ha dado el nombre de Inmaculada Concepción!

El Precursor conoció la presencia de Jesús a la voz de María y saltó de gozo en el seno de su madre. ¡Qué

acentos prestará María a sus verdaderos hijos para que abran a Jesús los corazones que les estaban cerrados!

¡Qué persuasivas palabras saben encontrar los íntimos de la Madre de Misericordia para impedir que se apodere la desesperación de las almas que abusaron durante mucho tiempo de las gracias!

¿Se trata de algún desgraciado que no conoce a María? La seguridad con que el hombre de obras se la muestra como Verdadera Madre y refugio de pecadores, le abre al desgraciado nuevos horizontes.

El Santo Cura de Ars solía encontrar a veces algunos pecadores que, falsamente ilusionados, se apoyaban en algunas prácticas exteriores de devoción a la Santísima Virgen, para quedar tranquilos en el pecado, sin temor a las llamas eternas. Su palabra entonces era dominadora, para mostrar al culpable la monstruosidad de su presunción, tan injuriosa para la Madre de Misericordia, y para impulsarle a implorar la gracia de librarse de los anillos de la serpiente infernal.

Un hombre de obras poco devoto de María, que se encontrase en ocasión parecida, emplearía palabras tajantes y frías, con las cuales lograría que el pobre náufrago acabase por abandonar aquella tabla a que estaba asido, y que hubiera podido ser para él la tabla de salvación.

Cuando María vive en el corazón del apóstol, le da una elocuencia maternal para llegar al fondo de las almas en que fracasó todo intento de conversión. Parece que Nuestro Señor, con una delicadeza admirable, ha querido reservar a la mediación de su Madre, las más difíciles conquistas del apostolado, y conce-

derlas exclusivamente a los que viven en intimidad con Ella. *Per te ad nihilum redegit inimicos nostros.*

El verdadero hijo de María jamás debe considerar que agotó los argumentos, medios y expedientes de conversión, aun en los casos más desesperados, cuando trata de robustecer a los débiles y consolar a los inconsolables.

El Decreto que agregó a la Letanía la invocación *Mater boni consilii,* se apoya en los títulos que tiene María de *Coelestium gratiarum thesauraria* y de *Consolatrix universalis.* Por ser "Madre del Buen Consejo", a sus verdaderos devotos otorga, como en Caná, el secreto de obtener, para distribuirlo, el Vino de la fuerza y de la alegría.

Pero cuando se les habla a las almas del amor de Dios, la "Robadora de corazones", *Raptrix Cordium,* según la frase de San Bernardo, pone en los labios de sus más íntimos devotos, palabras de fuego que encienden el amor de Jesús, haciendo germinar todas las virtudes.

Nosotros, los apóstoles, debemos amar apasionadamente a la que Pío XI llamó *Virgo Sacerdos,* cuya dignidad está por encima de la de los sacerdotes y pontífices. Ese amor nos dará el derecho de no considerar nunca como perdida una obra comenzada con María y continuada con Ella. María, en efecto, está debajo y encima de cuanto afecta al reino de Dios por su Hijo.

Pero cuidémonos de creer que trabajamos *con Ella,* cuando nos limitamos a levantarle altares o a entonar cánticos en su honor. Ella nos pide una devoción que nos permita afirmar sinceramente que vivimos *habitualmente* unidos a ella; que acudimos a pedirle consejo; que nuestras afecciones pasan por su cora-

zón y que nuestras peticiones van a menudo por su conducto. Pero lo que María espera sobre todo de nuestra devoción, es la imitación de todas las virtudes que admiramos en Ella, y nuestro abandono sin reservas en sus manos, para que nos revista de su divino Hijo.

Si cumplimos esta condición del *Recurso habitual* a María, imitaremos a aquel general del ejército del Pueblo de Dios que antes de lanzarse contra el enemigo dijo a Débora: "Iré, si vienes *conmigo;* si no, no iré", y haremos todas nuestras obras con *Ella*. No sólo intervendrá en nuestras más importantes decisiones, sino hasta en las imprevistas y aun en los detalles de ejecución.

Unidos a aquella cuyo título de *Nuestra Señora del Sagrado Corazón,* resume para nosotros todos los demás, no nos expondremos a falsear nuestras obras, ni nos permitiremos que se enfrenten con nuestra vida interior, ni sean un peligro para nuestras almas, sirviendo para nuestra gloria más que para la de Dios.

Nosotros, por el contrario, iremos por medio de las Obras a la Vida interior, con lo cual hará más estrecha nuestra unión con la que ha de asegurarnos la posesión de su Hijo por toda la eternidad.

EPILOGO

Este modesto trabajo queda depositado a los pies de María.

Nuestro deseo es meditar siempre el ideal perfecto del apostolado en el Corazón de la Santísima Virgen.

La Virgen lleva en su pecho al Verbo encarnado, rodeado de un círculo luminoso. Como el Padre eter-

no, ella conserva siempre consigo el Verbo que dio al mundo.

Según la expresión de Rohault de Fleury, "el Salvador brilla en medio de su pecho como una Eucaristía, de la que se han desgarrado los velos". Jesús vive en Ella, siendo su corazón, su respiración, su centro y vida: imagen de la vida interior.

Pero el divino adolescente está allí, ejerciendo su apostolado. Su actitud, el Evangelio que tiene enrollado en la mano izquierda, el gesto de su mano derecha y su mirada... todo indica que está enseñando. Y la Virgen se une a su palabra. La expresión de su rostro parece decir que ella también va a hablar. Sus grandes ojos, enteramente abiertos, buscan almas que comunicar a su hijo: imagen de la vida activa por la predicación y la enseñanza.

Sus manos, extendidas como las de las Orantes de las catacumbas o las del sacerdote al ofrecer la Víctima divina, nos recuerdan que la oración y la unión al sacrificio de Jesús, harán más que nada profunda nuestra vida interior y fecundo nuestro apostolado.

Ella vive de Jesús y por Jesús; de su vida, amor y unión a su sacrificio. Y Jesús habla en Ella y por Ella. Jesús es su vida y Ella es la Portadora del Verbo; su portavoz, la Custodia de Jesús.

De la misma manera, el alma consagrada a la obra por excelencia, que es el apostolado, ha de vivir en Dios, para poder hablar de El con eficacia; y la vida activa, repitámoslo una vez más, no debe ser otra cosa que el desbordamiento de la Vida interior.

INDICE

Págs.

Prólogo 9

PRIMERA PARTE

Dios quiere las obras y la vida interior

1. Las obras y, por tanto el Celo, son queridos por Dios. 13
2. Dios quiere que Jesús sea la Vida de las obras 17
3. Qué es la vida interior 22
4. Qué desconocida es esta Vida interior 33
5. Respuesta a esta primera objeción: ¿La Vida interior es inactiva? 37
6. Respuesta a esta segunda objeción: ¿La vida interior es egoísta? 45
7. Objeción sacada de la importancia de la salvación de las almas 52

SEGUNDA PARTE

Unión de la Vida activa y de la Vida interior

1. Prioridad de la Vida interior sobre la activa a los ojos de Dios 57
2. Las obras deben ser el desbordamiento de la Vida interior 63
3. La Base, el Fin y los Medios de toda Obra deben estar impregnados en la Vida interior 66
4. La Vida interior y la Vida activa, se reclaman mutuamente 71
5. Excelencia de esa unión 77

Págs.

TERCERA PARTE

La Vida activa, llena de peligros sin la Vida interior, asegura con ella el progreso en la virtud

1. Las Obras, Medios de santificación, para las almas interiores, son un peligro para la salvación de las que no lo son 81
2. Del hombre de Obras, sin la Vida interior 88
3. La Vida interior, base de la santidad del obrero, apostólico 102
   a) La Vida interior abroquela el alma contra los peligros del Ministerio exterior 105
   b) La Vida interior repara las fuerzas del apóstol. 107
   c) La Vida interior decuplica las energías y los méritos del alma 109
   d) La Vida interior produce alegría y consuelo ... 112
   e) La Vida interior afina la pureza de intención del alma 114
   f) La Vida interior es un escudo contra el abatimiento 116

CUARTA PARTE

Fecundidad de las obras por la Vida interior

1. La Vida interior es para las Obras, la condición de su fecundidad 121
   a) La Vida interior atrae las bendiciones de Dios 125
   b) La Vida interior hace al Apóstol santificado por el buen ejemplo 129
   c) La Vida interior produce en el Apóstol una irradiación sobrenatural. Cuán eficaz es esta irradiación 134
   d) La Vida interior da al obrero evangélico la verdadera elocuencia 159
   e) La Vida interior, por engendrar la Vida interior, hace que sus resultados en las almas sean profundos y duraderos 165
   f) La Vida interior, por la Eucaristía, resume toda la fecundidad del Apostolado 175

Págs.

QUINTA PARTE

Algunos principios y avisos para la Vida interior

1. Consejos a los hombres de obras, para la Vida interior. 185
2. La Oración, elemento indispensable de la Vida interior, y por consiguiente, del Apostolado 189
   I.—¿Se impone la fidelidad a la oración de la mañana?... 190
   II.—¿Qué debe ser mi oración? 193
   III.—¿Cómo haré la oración? 195
3. La Vida litúrgica, manantial de Vida interior, y, por tanto, de Apostolado 209
   I.—¿Qué es la Liturgia? 209
   II.—¿Qué es la Vida Litúrgica? 212
   III.—Espíritu litúrgico 217
   IV.—Ventajas de la Vida litúrgica 239
      a) La Vida litúrgica favorece la permanencia de lo sobrenatural en todas mis acciones 239
      b) La Liturgia me ayuda eficazmente a conformar mi Vida interior con la de Jesucristo 245
      c) La Vida litúrgica me hace vivir de la vida del Cielo 251
   V.—Práctica de la Vida litúrgica 252
      a) Preparación remota 253
      b) Preparación próxima 255
      c) Cumplimiento de la función litúrgica 257
4. La Guarda del Corazón, clave de la Vida interior y, por tanto, esencial para el Apostolado 262
   I.—Necesidad de la Guarda del Corazón 267
   II.—La Presencia de Dios, base de la Guarda del Corazón 269
   III.—La devoción a Nuestra Señora facilita la Guardel Corazón 271
   IV.—Aprendizaje de la Guarda del Corazón 272
   V.—Condiciones de la Guarda del Corazón 275
5. Necesidad que tiene el Apóstol de una ardiente devoción a María Inmaculada 277
      a) Para la Vida interior personal 278
      b) Por la fecundidad del apostolado 282

Epílogo 285